

sonal. Desde entonces ya no salió nunca solo Napoleón, y al efecto, ordenó lo siguiente: «Toda la caballería, incluso los polacos, cazadores y mamelucos, quedará á las órdenes de mi primer ayudante, que me acompañará constantemente á caballo con dos pistolas, mandará la escolta, tomará cuantas precauciones considere convenientes y se pondrá de acuerdo con el comandante de la gendarmería para la distribución de parejas á lo largo de mi camino. Para escoltar mi coche, se establecerá un servicio diario de cinco jinetes con carabinas y pistolas (1).»

Se recibían numerosos avisos asegurando que no pocos sicarios afilaban secretamente sus puñales, con juramento de librar al mundo del monstruo que alentaba todavía.

El ex rey José, desde su retiro de Prangins (Suiza), avisó á su hermano de que, según informes de Mme. de Staël, dos hombres pagados por los realistas franceses estaban á punto de ir á la isla de Elba para asesinarle. Tanto Mme. de Staël, olvidando viejos agravios, como Talma, que en el momento de recibirse la carta almorzaba con José Bonaparte, se ofrecieron á marchar en persona á Porto-Ferraio, con objeto de conjurar el inminente riesgo y advertir al amenazado, pero un viejo criado de la familia se encargó de esta comisión (2).

También dió otro aviso un viajero prusiano que, recibido en audiencia por el Emperador, le dijo que la Sociedad alemana de los Virtuosos (*Tugenbund*) maquinaba á la sazón su asesinato, después de haber contribuido á su caída, y al efecto, iba á enviar á la isla tres sicarios perfectamente disfrazados. La benevolencia de aquel prusiano despertó sospecha de que, como miembro del *Tugenbund*, bien pudiera ser uno de los tres asesinos, y por si acaso, tomó la policía extraordinarias precauciones hasta su salida de la isla.

En Roma, algunos frailes fanáticos meditaban en sus conventos la misma fechoría, y el general Bruslart, gobernador de Córcega, recibe instrucciones oficiales para «desembarazarse de Bonaparte á toda costa». Para ello el gobierno francés le manda los asesinos y él á su vez los envía á la isla de Elba (3).

(1) *Registro de la isla de Elba*, núm. 73.

(2) *Memorias de José Bonaparte*, t. X, p. 209 y 315.

(3) *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 26; FLEURY DE CHABOULON, t. I, p. 111; PONS

La opinión pública achacaba la enemiga de Bruslart contra Napoleón al odio personal, que remontaba á la época del Consulado. Por una mala inteligencia fué pasado por las armas, no obstante el prometido indulto, un amigo de Bruslart, emigrado como él y cuya sangre clamaba venganza desde entonces.

Cierta noche, el centinela de San Martino sorprendió á un individuo, de cara patibularia, que iba armado de puñal y no llevaba la documentación en regla. Sin duda lo enviaba Bruslart, pues identificada su personalidad, resultó ser un corso culpable de numerosos crímenes, y se supuso que una barca lo dejaría en algún paraje desierto de la costa. Pronto se divulgó la noticia de esta detención y todo el mundo esperaba que el presunto asesino fuese puesto en manos de la justicia, ó acaso pasado por las armas sin formación de causa. Pero el preso negó rotundamente todo propósito de asesinato y como no resultaron contra él más que pruebas morales, ó sea ninguna, temió el Emperador que si mandaba fusilarle «para escarmiento», como alguien le aconsejaba, le acusaran las potencias de asesinato y diese con ello pretexto á represalias. Así dispuso que se le reembarcase para Córcega.

Las sobresaltadas imaginaciones se dieron á forjar los más absurdos supuestos. Dícese que el mariscal Soult ha enviado al Emperador una nota previniéndole contra cierto general, á quien designaba por su nombre, que desde la restauración de los Borbones se deshacía en injurias contra su persona. Otro día corre el rumor de que por tres distintos conductos, y de personas de toda confianza, ha llegado el aviso de que «un judío tuerto, librero de Leipzig, se ha prestado, mediante buena paga, á matar al Emperador en el momento de ofrecerle su mercancía». Tal vez el asesino se percató de que todos los puertos de la isla estaban ya sobre aviso con sus señas personales, ó bien sólo existió el judío en la imaginación de los alarmistas. Desde entonces no se permitió desembarcar en la isla á los tuertos. El veterano coronel Tavelle, que debía las charreteras á una equivocación del Emperador, pero que se esforzaba en merecerlas, se enfurecía en cuanto topaba con un tuerto. En cierta ocasión, estando de servicio en Río

DE L'H., p. 160; LABORDE, p. 43; *Carta del conde de C. al conde de Artois*, en la *Miscelánea Napoleónica*, t. II, p. 160: «Es preciso para el bien público acabar con el monstruo, y yo creo que podemos lograrlo.»

Marina, encontróse con el alcalde de Río Montaña, que tenía deplorables antecedentes. El coronel se le acerca en actitud furibunda y le increpa diciendo: «¿Qué hacéis aquí, caballero? Este no es vuestro sitio y mando que os retiréis.» El alcalde protestó, alegando su autoridad, con más el cargo de chambelán de S. M.; pero Tavelle no le hace caso y replica: «Lleváis la señal del hijo maldito de los que vendieron á Jesús; la señal del que intenta matar al Emperador. Es mala señal.» El alcalde de Río Montaña no tuvo más remedio que retirarse, á pesar de haber llamado en su auxilio al de Río Marina. El coronel decía después: «Lo hubiera tratado ni más ni menos como á un judío.» Era tal su celo, que de buena gana se hubiera llevado la cama á orillas del mar para explorar en sueños el horizonte (1). Todos los soldados del ejército le parecen el judío y por doquiera ve ensangrentados fantasmas. Los oficiales que rodean al Emperador se exasperan por esta perpetua amenaza, por aquel peligro desconocido é incoercible. Cambronne está furioso. El dogo enseña los colmillos y aúlla junto á los faldones de cuantos le parecen sospechosos, y de todos sospecha.

Llegó por entonces á Porto-Ferraio un buque de guerra napolitano, que, según reglamento, izó el pabellón elbense en el tope del palo mayor, saludándole con veintidós cañonazos y tres gritos de: «Viva el emperador Napoleón.» La plana mayor del buque acercóse al puerto en un bote y el comandante pidió permiso para saltar en tierra y ofrecer sus respetos al Emperador. Presentóse á la sazón Cambronne, y al ver el uniforme de los vasallos del traidor Murat, que es capaz de otra asechanza, se le enciende la sangre, y á la reiterada súplica del comandante, responde tratándoles á todos de malvados y facinerosos, con amenaza de fusilarles si no se largan al punto. De paso manda cargar las armas á los soldados, y hubiese disparado contra el bote de no regresar éste apresuradamente al buque, cuyo comandante, temeroso de que le cañoneara la ciudadela, arrió la bandera elbense y desplegando velas se hizo á la mar en un instante. Toda la ciudad quedó asombrada de aquella escena teatral (2).

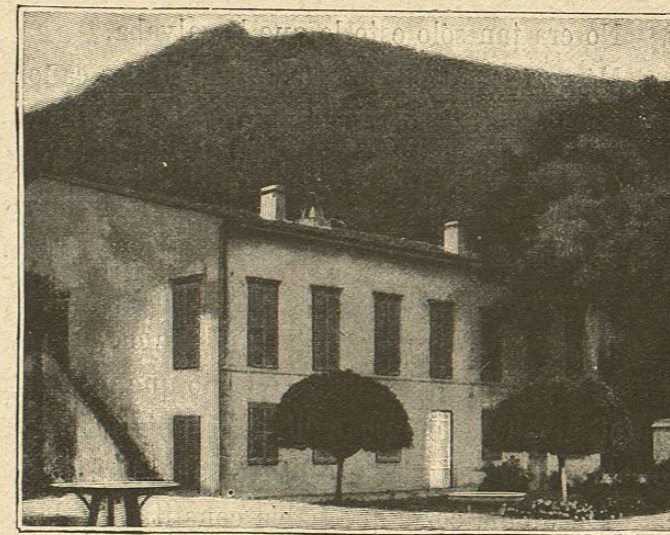
Ni un solo forastero escapaba á la inquisitiva mirada de Cambronne. Cierta día en que revistaba la Guardia, distinguió entre la

(1) PONS DE L'H., p. 164, 165 y 180.

(2) PONS DE L'H., p. 167.

masa de curiosos un extranjero que le pareció sospechoso por la atención con que miraba y la emoción de su semblante. De pronto se abalanza á él y con atronadora voz le pregunta quién es y qué quiere. El extranjero queda mudo de terror y balbucea incomprensibles explicaciones, pero cuanto más se turba, mayores son las sospechas de Cambronne y la gente empieza á arremolinarse en torno de ambos. El extranjero logra por fin que se le conduzca ante el general Ber-

trand, quien afortunadamente le reconoce y declara que es un ex comisario de guerra á quien tuvo á sus órdenes, buen francés y adicto al Emperador, pero que destituido por la reacción borbónica, ha llegado á la isla en solicitud de empleo. Bertrand le



La casa de San Martino en su estado actual.

dió disculpas, con segura promesa de protegerle. Sin embargo, no por ello desechó sus temores y en el primer buque se marchó.

Por último, un vendeano que iba á Córcega destinado á las órdenes de Bruslart, vióse en la precisión de refugiarse en Porto-Ferraio á causa de los contrarios vientos, que impelieron al buque en que navegaba. Lucía el vendeano una enorme escarapela blanca en el sombrero, con profusión de flores de lis en la casaca, y su paso por las calles en tan provocativo traje, levantó tal escándalo que Drouot hubo de darle un oficial por escolta. Por las mañanas, cuando el vendeano veía desfilar la Guardia á los sonos de *La Marsellesa*, preguntaba al oficial: «¿Pero es que estáis aquí todavía en el 93? Porto-Ferraio es una ciudad terrible.» Apenas se lo permitieron los vientos, embarcó el forastero con promesa de no volver (1).

(1) *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 25; PONS DE L'H., p. 159 y 375.

Al enterarse el Emperador de estos incidentes, algunos de los cuales, como el del buque napolitano, le ponían en descubierto con la equidad, simulaba enfado, pero secretamente le satisfacían aquellas pruebas de feroz adhesión de quienes velaban por él.

* * *

No era tan sólo esto lo que le salvaba.

Más que las tropas de su ejército y los cañones de sus fuertes, y el heroico amor de sus inquebrantables partidarios, detenía momentáneamente el odio póstumo de sus enemigos, la derramada voz de su decrepitud moral, de la prematura rendición de su altivo genio. ¿Era resultado de su estrepitosa caída? ¿Era el desgaste de un cerebro por tanto tiempo sobrecitado? ¿Era el tormento de los rumores de captura y asesinato? ¿O acaso la cruel é indefinida separación de su mujer y de su hijo? De todos modos, es cierto que más de un hecho, con atención observados, delataban el desfallecimiento que sufría, la limitación de su mente y de su espíritu, su decadencia en una palabra.

La ridícula corte que había constituido; la parodia de gobierno en cuya puerilidad parecía complacerse el ex rey de reyes, encabezando con toda seriedad sus decretos: «*Napoleón, Emperador, Soberano de la isla de Elba, decreta lo siguiente...*» (1); el teniente de navío Taillade, almirante de la escuadra, que no podía poner el pie en la palanca del buque sin vaciar el estómago; aquel juguete de ejército, cuyas marchas y contramarchas por la isla, en donde estaba prisionero, parecían piruetas de caballo en pista de circo; aquel médico escapado de una comedia de Moliere; aquel chambelán tuerto, y aquellos magnates cuyas callosas manos jamás pudieron calzar guantes; la costumbre de retirarse todas las noches de la reunión á las nueve en punto, para irse á la cama, como un chiquillo, después de pulsar con un dedo las catorce notas de su toque de silencio; la manía de trampear en el juego por el empeño en no perder, y si perdía, escaparse con

(1) Nombramientos de Cambronne para el gobierno militar de Porto-Ferrajo; del capitán Combes para la Guardia imperial; del señor Catalani para teniente del puerto de Porto-Longone. (PEYRUSSÉ: *Apéndice*, documentos 20, 28 y 34.)

el dinero de los demás; todo esto, en fin, era poca cosa en comparación de otras mucho más extrañas. De día en día aumentaba su singular y repulsivo horror á lo negro. La princesa Paulina se presentó en un baile con vestido de terciopelo negro, adornado profusamente de rosas, porque sabía que al Emperador le gustaban; pero su hermano al verla le ordenó en público que sin dilación mudara de traje. Otro día, la señora de un elevado funcionario estuvo convidada á comer en palacio, y como desconocía aquella flaqueza mental del Emperador, se sentó á la mesa, junto á él, vestida de luto. El Emperador nada dijo por delicadeza, pero se mantuvo sombrío y silencioso durante la comida, como si algún doloroso pensamiento le apesadumbrara. Aseguró Drouot que Napoleón tuvo que dominarse mucho para estar una hora entera al lado de aquella señora (1).

Al horror á lo negro se añadía el horror á lo blanco. Una vez entró en el salón Paulina vestida con un traje de este color, recién traído de París, y al verla el Emperador le dijo: «¡Ah, señora! ¡Os habéis vestido á lo víctima!» También tuvo Paulina que mudar de traje (2).

Decía Campbell: «Su conturbado espíritu ha perdido la costumbre del trabajo y del estudio sedentario. El Emperador tiene cuatro residencias y sólo se ocupa en hacer cambios y reformas; pero las agitaciones é incertidumbres de su espíritu le sumen en completa inacción en cuanto se desvanece el hechizo de la novedad.»

Durante uno de aquellos periodos de aplanamiento se metió hasta medio cuerpo en un reguero de agua, vestido de coronel de la Guardia, y después de semejante baño, volvió á montar á caballo sin enjugarse y luego se paseó en barca, hasta que al cabo de unas cuantas horas dijo: «Voy á palacio para mudarme de ropa, porque noto algo de humedad en los pies» (3). Con frecuencia se encolerizaba por los más fútiles motivos. En uno de los viajes que á Liorna hizo Paulina, entró en la tienda del librero encargado de encuadernar los libros del Emperador, y como las encuadernaciones no le gustaran, dispuso cam-

(1) PONS DE L'H., p. 260 y 261; CAMPBELL, p. 110.

(2) Los trajes y peinados «á lo víctima» estuvieron de moda después de Termidor. El cabello, levantado en la nuca, y el vestido, sencillo y suelto, recordaban el atavío de las mujeres condenadas á la guillotina.

(3) *Informes de los espías del consulado de Liorna*, citados por Pellet, p. 54.—El autor de este disparate se refiere al uniforme de coronel de cazadores de la Guardia.